

nerse al arte clásico, el hecho de que las fracciones rosistas y antirrosistas pertenecían a la clase dirigente, pero el pueblo, en su mayoría, se adhirió desde un comienzo al tirano. Destacaba también las consecuencias sico-sociales, que el fenómeno Rosas produjo tanto en los individuos como en el pueblo:

El rosismo provoca un trauma en la conciencia colectiva, con repercusiones que se registran fácilmente hasta medio siglo después de extinguirse el régimen.

Y hasta en nuestros días la figura de Rosas nos obliga a adoptar una postura que abre el camino para las últimas definiciones «como si señalara una postura ante el mundo y ante la vida, una actitud estimativa que incluyera la apreciación de todos los valores». Este interés por la psicología social tipifica nuevamente el trabajo y muestra de qué manera muchos hechos, situaciones, obras del pasado argentino pueden ser iluminadas desde perspectivas nuevas y críticamente reveladoras.

En la segunda parte del mismo capítulo, Prieto sintetizaba y ordenaba de manera global la literatura en torno a Rosas. Según él esa literatura estaba escindida en dos partes por la batalla de Caseros, con lo que se probaba que lo político había determinado lo literario y los textos no habían influido decisivamente en la historia. Pero ya antes de 1852 hubo escritores europeos deslumbrados por la figura mítica de Rosas, que crecía más rápidamente, contemplada desde el otro lado del Atlántico. Dumas y Villeneuve descubren en Rosas un especial atractivo literario; el color local, el pintoresquismo romántico, la sangre, la barbarie, la belleza física del tirano, sus crímenes verdaderos o falsos, el mundo en torno primitivo y feroz, eran elementos que contribuían y contribuirían de modo preponderante a la conversión del hombre en mito. Los escritores argentinos que se inspiran en Rosas aseguran la viviente posteridad literaria; pero la literatura de la época, tanto de uno como de otro bando, es igualmente feroz y desmesurada. Lo escrito amplificó, deformó, mitificó la realidad que le dio sustento.

Caseros amputa una de las vertientes de esa literatura, silenciada con la misma violencia con que el tirano acalló las voces de sus opositores. Y hasta los denuestos del vencido y los elogios de los triunfadores debieron ajustarse a sobreentendidos cánones retóricos. El período posterior a Caseros aprovecha y desarrolla la materia mítica tejida en los años anteriores, y como la censura, el cuchillo y el terror habían acallado a los testigos de los hechos, el mito de un Palermo orgiástico, sangriento y cruel, la bondad de Manuelita, la sevicia del

padre, etc., despliéganse en infinitos libros narrativos, poéticos o dramáticos. La literatura desarrolló lo que Prieto denominó ajustadamente «un conflicto típicamente maniqueo». *Amalia*, la prosa sarmientina y los folletones de Gutiérrez estereotipan una imagen de Rosas que los datos históricos no han apagado en la conciencia del pueblo. Los intentos de algunos poetas, el ciclo de Gálvez, no han logrado poner a la literatura al nivel ecuánime de cierta crítica histórica. Y Prieto explicaba la persistencia del tema Rosas como

la compartida necesidad de revivir, míticamente, la existencia de un pasado trágico; y la intuición de que el proceso desencadenado por el episodio rosista tiene todavía abiertas sus instancias. La intuición de que, para nuestra conciencia escindida, fatalmente deberemos juzgar o ser juzgados.

Durante esos años Prieto publicó un conjunto de estudios en revistas dedicados casi siempre a movimientos y escritores argentinos contemporáneos (4). En 1962 organiza una *Encuesta: La crítica literaria en la Argentina*, editada por la Universidad Nacional del Litoral. Prosiguiendo con su labor de estudiar los otros aspectos de la obra literaria: el público y los medios de difusión de la misma, estaba interesado ahora en escudriñar cuál había sido y era la actitud de los críticos argentinos. Eligió un grupo bastante grande de entre los críticos en actividad y los interrogó acerca de sus ideas sobre la crítica, los nombres de los críticos más importantes, la función de la crítica periodística y el sentido que la actividad crítica tenía en nuestro país. Otra vez Prieto emprendió un tipo de encuesta no intentado antes y que servirá (ya nos sirve hoy) para tener una imagen bastante amplia de la preparación, las ideas y el sentido de esa labor en nuestra literatura.

Realizó luego, para la Universidad de Córdoba, una *Antología de Boedo y Florida* (5), precedida de un extenso y agudo prólogo lleno en muchas páginas de enfoques renovadores, de materiales casi no

(4) Entre otros: «El martinfierrismo», *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana*, Facultad de Filosofía y Letras, U. N. de Cuyo, núm. 1; Mendoza, 1959; pp. 9-31. «Los dos mundos de Adán Buenosayres», *Boletín de Literaturas Hispánicas*, Facultad de Filosofía y Letras, U.N. Litoral, núm. 1; Rosario, 1959; pp. 57-74. «Consideraciones sobre el hombre que está solo y espera», *Ibid.* núm. 3, 1961, pp. 23-40; «Una curiosa revista de orientación futurista», *Ibid.*, pp. 53-63; «La fantasía y lo fantástico en Roberto Arlt», *Ibid.* núm. 5, 1963, páginas 5-18; dirigió, solicitado por la Universidad de Duquesne, Pensilvania, un volumen colectivo sobre Gálvez, al que contribuyó con «Gálvez, el mal metafísico», *Duquesne Hispanic Review*, a. 2, núm. 3, 1963, pp. 119-128.

(5) *Antología de Boedo y Florida*, prólogo y selección de A. Prieto, Córdoba, Universidad Nacional, 1964; 169 pp. Aparecen textos de Mariani, Castelnuovo, Barletta, Clara Beter, Riccio, Yunque, Olivari, González Tuñón, Girondo, González Lanuza, Fijman, N. Lange, Marechal, Molinari y Borges.

transitados antes y de mirajes que darían motivo a un volumen muy necesario.

Y también en esa introducción se hacen visibles las relaciones que siempre establece Prieto entre la realidad histórica (los años 1920-1930), y la literatura escrita por ese entonces en la Argentina. Así señala como nunca, ni antes ni después, se ha gozado en nuestro país de bonanza económica y de libertad intelectual, comparable a la de esa década. Esos y otros factores favorecieron una importancia «social» de la literatura, que parece increíble desde los tiempos que nos han tocado vivir... Prieto, además, deslinda con justeza las diferencias, no muy marcadas, entre los ultraístas y los de Boedo, su sentido del humor y su afirmación festival de la vida, los motivos criollistas que invaden las poesías del primer Borges, el sentido del realismo perseguido por los boedistas. Y en una página plena de posibilidades acota que la obra narrativa de Arlt es la expresión de la pequeña burguesía, cuyo irracionalismo de entonces tendrá su expresión plena en el sentimiento de fatalidad y derrota que agobia a *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada.

Una versión algo distinta de la que nos ocupa, ya había sido publicada en 1962, de *La literatura autobiográfica argentina* (6). En este volumen la literatura autobiográfica se estudia como testimonio de «conflictos de situación; es decir, los conflictos que la sociedad opone en un momento dado al normal desarrollo de los individuos (trastornos políticos, económicos, religiosos) y que a estos efectos, los datos serán solicitados por igual a la historia política y de las instituciones, a la sociología y a los propios datos de la historia literaria» (p. 9). En síntesis, Prieto elude los aspectos estético-literarios y se lanza a descubrir con nuevos métodos parcelas de la realidad íntima en la lucha generalmente traumática entre el yo y la sociedad, el yo y la historia que ese yo debió vivir.

En primer término el autor prueba que es falsa la afirmación de que nuestro país carece de literatura autobiográfica; dentro del mundo hispánico la Argentina documenta una riqueza en textos de ese tipo que resulta digna de tenerse en cuenta por su riqueza y cantidad. Sin embargo, la mayoría de esas autobiografías (con su característica memoria «simbólica») son elusivas con respecto a las zonas más íntimas: lo erótico, lo familiar, lo desagradable o lo abyecto. Es imposible encontrar un texto donde, como en el caso límite de Rousseau o Genet el que escribe se desnuda totalmente ante el lector.

(6) Editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral.

La nota más general de los testimonios autobiográficos argentinos (y probablemente de toda el área hispanohablante) es que casi siempre corresponden a hombres de destacada actuación pública y en su mayoría son justificaciones de sus actos políticos. Por eso acota Prieto: «la historia de la literatura autobiográfica argentina condensa, en un plano insospechado, la historia de la élite del poder en la Argentina». El estudio se fija un límite que creemos mesurado: obras de autores nacidos antes de 1900.

A partir de esos postulados, la obra se abre en riquísimas posibilidades comprensivas. Asombra leer lo que Prieto puede deducir del manejo inteligente, audazmente escudriñador de textos que parecían desprovistos de atractivos fuera de los secamente documentales. Así ocurre con los testimonios de los hombres que intervinieron en la revolución de Mayo, los cuales dan el otro rostro, el aspecto traumático de las transformaciones y situaciones conflictivas que desencadenó el levantamiento contra la autoridad española. Prieto afirma que la sociedad platense anterior a 1810 se mueve en dos planos ideológicos encontrados: una tendencia conservadora, antipopular, clasista, y una apetencia de transformación, de cambio, de negación de la tradición. Ambos planos coexistieron en cierto equilibrio durante dos siglos; al llegar las ideas liberales, al proclamarse la independencia, ese equilibrio se destruye, pero ambos niveles siguen viviendo en sus actores principales:

El liberalismo, triunfante en la faz política, inflama los sentimientos, tiñe con nuevos colores algunas formas del vivir, pero se vuelve moroso en la disolución de varios de los principios en que se asienta la sociedad colonial. Son los principios que laten en la oscuridad del subconsciente, nacidos de los infinitos matices de las experiencias de la infancia, de los presiones de la religión y del folklore, del conformismo que permite el mínimo grado de convivencia en el grupo.

El mejor indicio de esa dualidad difícil y casi insalvable puede encontrarse en textos de Manuel Belgrano, Saavedra, Agrelo, Gervasio de Posadas, Juan Cruz Varela; en todos hallamos idéntica situación: «Los hombres que se dejan arrastrar por el torbellino de las ideas y las pasiones revolucionarias son compelidos, violentamente, a confrontar sus vidas con patrones distintos a aquellos a que estaban habituados.» Quien con mayor dramatismo, con desgarramiento trágico vivió ese conflicto fue, naturalmente, Sarmiento. El capítulo dedicado al autor de *Facundo* merece el calificativo de brillante, aunque no se esté totalmente de acuerdo con sus conclusiones. La parte más rica y más honda es la que Prieto dedica a comprender la personalidad sarmientina a partir de su vida familiar. Sarmiento nace en un mundo de inse-

guridad social, donde la pobreza amenaza permanentemente en hundir a toda la familia; a eso se suma la ausencia de autoridad paterna, la necesidad enfermiza de afecto y un deseo casi neurótico de poder y de estima íntima y colectiva.

La segunda parte del volumen está dedicada al estudio de los conflictos que el período rosista produjo en los hijos de algunos de los protagonistas que detentaban el poder en la época. El estudio resulta útil no solamente al historiador, sino también deberá ser consultado por el psicólogo social y por el estudioso de nuestra historia cultural. Prieto analiza con detenimiento las obras de Calzadilla (por primera vez leído en profundidad), de Guido y Spano y de Mansilla. El crítico recurre al psicoanálisis para establecer la personalidad del autobiógrafo a partir de sus mismas confesiones, y estudia los conflictos íntimos que la condena en bloque del mundo rosista produjo en ellos. Aquí y allá asoman interpretaciones que pueden ser discutibles, pero que muestran una finura y una agudeza no comunes en nuestra crítica. Por ejemplo, estudiando la confesión de Calzadilla, de que su madre no pudo tener una hija, y lo vistió y crió como una mujercita hasta los trece años, y la frecuencia con que luego el mismo autobiógrafo narra sus aventuras y galanteos femeniles, Prieto llega a la conclusión de que ese deseo de aparecer como un Don Juan «no parecen ser fundamentalmente otra cosa que elementos subjetivos de compensación a una delicada experiencia infantil».

Luego muestra la lucha íntima en que se encuentran tanto el citado como Guido y Mansilla, para hablar positivamente de sus padres rosistas y a la vez mostrarse como enemigos del régimen execrado cuando ellos llegan a la madurez. En esta parte anotamos algunos desacuerdos; por ejemplo, lo humorístico no aparece en la *Carta*, de Guido, «en el preciso momento en que éste asume la conciencia de su derrota». Esa nota es visible desde las primeras páginas de la autobiografía. En *Una excursión*, de Mansilla, el paisaje no es solamente decorado; es el telón de fondo, grande y sobrecogedor, destinado a idealizar, a convertir en magna la expedición de Lucio al desierto.

La tercera parte documenta las transformaciones que el país sufrió con motivo del impacto inmigratorio (desde las últimas décadas del siglo pasado) hasta la Revolución del 43. Allí prueba Prieto cómo persisten en los grupos dirigentes (o en sus descendientes) ciertos mitos y costumbres coloniales que no parecen haber cambiado: la creencia de que la posesión de la tierra da prestigio, la norma de aceptar como hecho natural la situación de privilegio de ciertos grupos; la posesión de las pautas de prestigio social continúa en manos de los mismos que las detentaron hace ciento cincuenta años (aunque no tengan el

poder político, pero sigan ocupando los cargos expectables de algunas zonas de la administración, como las canonjías del servicio exterior).

Luego se analizan las obras de Joaquín V. González, Bioy, Ibarguren. Estas pocas líneas quieren ser, sobre todo, una incitación a recorrer las páginas de un libro polémico, arrojado, inteligente, heterodoxo e infrecuente. Y es obra que prueba una vez más que los textos valen por los lectores y los críticos, no por sí mismos, y que ciertos métodos y enfoques actuales comienzan a usarse con hondura en la crítica argentina.

RODOLFO A. BORELLO
Salta, 1976
MENDOZA (ARGENTINA)